

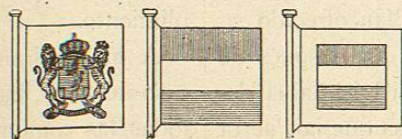
poco en la resolución que Turquía tomó creyéndose apoyada de verdad. Precisamente era este el momento en que acababa de caer Atenas, y cuando solo faltaba dar á Hydra el golpe mortal á la insurrección, en que entre Rusia y Prusia acababa de estallar una nueva guerra desfavorable hasta entonces á Rusia, y cuando el sultán gozaba de verdadera popularidad en Turquía á causa de sus reformas y de sus ideas de progreso.

Al presentarse, pues, los drogmanes de las potencias con su nota conminativa,—16 de Agosto,—ni siquiera quiso recibirla el reis-effendi, de modo, que aquellos la dejaron sin abrirla encima de un sofá y se retiraron. Esta actitud indignó á los embajadores, quienes dejándose arrastrar por la ofensa recibida, del plazo de treinta días que tenían que conceder al ministro turco, suprimieron la mitad, exigiéndole el 30 de Agosto una respuesta definitiva. La Puerta les hizo contestar de palabra que la respuesta que merecían ya la había dado el 9 de Junio, y que era eterna é inmutable. En su consecuencia el 31 de Agosto, los embajadores remitieron su segunda nota anunciando que impondrían una tregua á los beligerantes por la fuerza de las armas. No se quería tampoco recibirla, pero el reis-effendi se hizo dar lectura de la misma en turco por el drogman de Guilleminot el embajador de Francia.

No comprendió bien el ministro turco por lo que

decía la nota, si ésta significaba una declaración de guerra, pues no comprendía su inteligencia lo de la intervención por las armas y las protestas de amistad, que le parecía «poner el algodón al lado del fuego.» En vista de esto, las tres potencias enviaron de nuevo sus drogmanes al reis-effendi para enterarle de lo que suponía la nota anterior que igualmente tuvieron que dejar sobre un sofá. En fin, enterado el 9 de Setiembre de lo que se trataba, declaró á los drogmanes el reis-effendi, que los principios eternos de la Puerta le impedían aceptar una mediación. Los almirantes recibieron entonces sus órdenes en Smyrna en donde habían anclado Codrington, Rigny y Heyden con sus escuadras.

Interin los asuntos marcharon á esta conclusión ¿qué hacía Metternich? Metternich que había amenazado con intervenir independientemente, como no creía que esto le fuera posible volvió á su sistema de comadres, procurando indisponer las potencias europeas entre sí. Solo cuando Canning murió, —8 de Agosto,—fué cuando creyó que desembarazado de su gran enemigo le quedaba aún tiempo para ocuparse en la contienda, haciendo que el reis-effendi reclamara la intervención de Austria entre Turquía y los aliados. El gran visir se dejó convenir y el borrador del despacho se extendió ¡el 20 de Octubre!—En este mismo día en el teatro de la guerra se había ya resuelto la cuestión griega.



Banderas de Holanda



## CAPITULO XXVI

### LA TRIPLE ALIANZA EN GRECIA

Estado de las cosas en Grecia.—Ibrahim en Morea.—La escuadra egipcia.—Nuevos movimientos entre los griegos.—Batalla de Navarino.—Efecto producido en Europa por esta batalla.—Juicios sobre ella.—Efecto de la batalla de Navarino en Grecia.—Efecto de la batalla de Navarino en Turquía.—Nuevos proyectos de Metternich y nuevos fracasos.—Rusia.—Crisis de la triple alianza.—El arreglo.



A situación de Grecia después de la caída de Atenas, es indescriptible. La desorganización, el desgobierno, la anarquía habían llegado á su colmo, y cada jefe griego se consideraba señor absoluto del punto cuya defensa se le había confiado; por esta razón Nauplia tenía tres jefes: el gobierno, á quien nadie obedecía y para quien no era poca fortuna para su seguridad poseer la torre del mar; y Palamidi y Grivas, que tenían cada uno su castillo, y quienes dieron el escandaloso espectáculo de estarse bombardeando durante ocho días, arruinando la ciudad, cuyas moradas abandonadas entregaban al saqueo, único fin de aquella guerra civil insensata. Solo en medio de aquel desorden, el viejo bandido Kolokotronis se presentaba como un hombre de gobierno y patriota, pues sólo él intentó poner fin al escándalo de Nauplia, pero con mala fortuna, pues fué vendido por los mismos que le habían aconsejado la operación.

Mientras tanto Ibrahim recorría la Morea, sometiendo á todos á la obediencia de la Puerta, pues habiendo cambiado el sistema de hacer la guerra, y aún cuando apretaba la mano si encontraba re-

sistencia armada, fuera de esto trataba á todo el mundo con gran dulzura, y sobre todo no se apoderaba de cosa que no pagase, siguiendo en esto el consejo de un desertor de la causa griega que marchaba á la vanguardia de sus tropas.

Kolokotronis hacía lo que podía para contrariar las operaciones de Ibrahim, pero falto de recursos de todas clases, todo su trabajo resultaba infructuoso, y con razón pudo decir más tarde, al escribir su autobiografía que, si en aquel momento hubiese hecho su sumisión, se habría acabado la guerra de la independencia de Grecia resultando infructuosos tantos sacrificios y tantas ruínas.

Así estaban las cosas cuando se iba al fin á dar el golpe á las islas. Al efecto la Puerta, comprendiendo que era necesario concentrar la dirección de las operaciones, puso su escuadra á las órdenes de Ibrahim-Pachá, encargando su mando á Tahir-Pachá que se presentó en Navarino con veintiocho grandes buques de guerra.

Lord Cochrane que nada había de hacer en Grecia y que era quien hubiera debido oponerse á la salida de la escuadra turca de los Dardanelos, no sólo la dejó salir, sino que la dejó pasar y moverse

á su antojo. Fué esto así, porque también á él se le ocurrió ir á destruir en Alejandría la escuadra y el refuerzo que esperaba Ibrahim, pero esta vez, como en la anterior, no fueron mejor las cosas, y Cochrane tuvo que retirarse aún más mortificado que los griegos de su intento.

Sabiendo en Constantinopla que se estaba organizando dicha expedición ó refuerzo quiso prevenirse su salida comunicando á Mehmet-Alí los acuerdos de las potencias aliadas, pero cuando esta comunicación llegó al Cairo, la escuadra egipcia había ya partido,—3 de Agosto,—llegando sin novedad á Navarino el 2 de Setiembre.

Cuando en las islas se supo la llegada de los refuerzos egipcios y de la escuadra egipcia á Navarino, ya no hubo quien no esperase verlos á todos, cuanto antes, delante del que había sido durante tanto tiempo foco y hogar de la revolución y como esto creyeran igualmente los almirantes inglés y francés, tomaron posiciones para impedir á Tahir-Pachá su abordaje á las islas, esto á la vez que comunicaban al gobierno griego, ahora retirado á las islas, la orden de las potencias aliadas de suspender las hostilidades. Codrington al ver que la escuadra turco-egipcia se iba concentrando en Navarino, se adelantó resueltamente á su encuentro avisando de su marcha á los demás almirantes, procediendo en seguida á comunicar al jefe de la escuadra turco-egipcia las órdenes que tenía, quien se apresuró á comunicárlas á Ibrahim-Pachá, que apenas podía creer lo que se le decía de haberse hecho la alianza entre Rusia, Inglaterra y Francia. Así al llegar la escuadrilla francesa de Bigny, éste se apresuró á confirmar al hijo adoptivo del virey de Egipto, la verdad de lo que se le había comunicado, presentándose á confirmárselo en persona el almirante francés. Ibrahim se limitó entonces á responder á los almirantes, que sus escuadras no saldrían del puerto hasta tanto que hubiese recibido instrucciones de Constantinopla y de Alejandría. En vista de esta contestación se retiraron las escuadras inglesa y francesa para reponer sus provisiones, la primera á Malta, la segunda á Cérigo. Codrington se marchó con tres navíos empero á Zanto, para prevenir el ataque de las costas albanesas que estaba preparando Cochrane.

¿Podemos decir, pues, que la suspensión de las hostilidades era un hecho? Por mar indudablemente, pero por tierra no sabían que hacer los almirantes, faltos de instrucciones y de medios de intervenir. Ibrahim, naturalmente, había de reputar que la suspensión de armas afectaba al interior, puesto que se

prohibía á él servirse de sus buques hasta en vista de operaciones puramente terrestres, así cuando vió que la suspensión no era efectiva por tierra, de lo que se prevalían los capitanes griegos comprendiendo su embarazo y la dificultad de mover su ejército sin un plan estratégico, se apresuró á reclamar de los almirantes el respeto de la suspensión de hostilidades que se le había impuesto. Codrington tranquilizó á Ibrahim, asegurándole que no consentiría que se realizase la expedición contra la Albania, pero así y todo bastó con que Cochrane y Hastings aparecieran en el golfo de Corinto, para que todos los pueblos ribereños volvieran á tomar las armas.

Cochrane, de buena ó de mala gana, se sometió á las órdenes de su compatriota, el almirante inglés, y abandonó su expedición á Albania y aquellos mares, quedando sólo Hastings con la *Karteria*, *El Salvador*, dos schooners y dos cañoneras, deseoso de destruir una escuadrilla turca que estaba anclada en Salona, consiguiendo su plan el 30 de Setiembre después de un brillantísimo combate, siendo destruidos siete de los nueve buques turcos de que se componía la escuadra y prisioneros los tres buques de transporte austriacos. Este combate aseguraba á los griegos la posesión del golfo que tanto les interesaba para mantener abiertas las comunicaciones entre la Morea y la Heladia Occidental.

Cuando Ibrahim se enteró de lo que acababa de pasar, se puso fuera de sí, lanzando sobre la Mesenia á su segundo, con orden de pasarlo todo á sangre y fuego. Tan bién cumplió su Kiaya las órdenes que recibiera, que en pocos días echó abajo sesenta mil higueras y veinticinco mil olivos, entregando á las llamas todos los pueblos que no estaban en disposición de defenderse y todos los caseríos, arruinando aquella provincia por toda una generación.

Kolokotronis fué quien corrió á dar cuenta á los almirantes de lo que pasaba; Hamilton acudió presuroso; ordenóle al Kiaya que no continuara adelante y que fuese más humano, pero el Kiaya le replicó que él no hacía más que cumplir las instrucciones que se le habían dado y que continuaría fiel á ellas hasta tanto que se le revocasen.

Ibrahim no sólo había lanzado á su Kiaya y á sus batallones á la guerra, sino que de la misma manera dió orden á dos divisiones de la escuadra mandadas por Tahir-Pachá y Mustafá-Bey de que saliesen á reforzar á Patras y á castigar á Hastings.

Codrington se enteró de la presencia de la escuadra turco-egipcia, en Zanto, el 1.º de Octubre, y sin vacilar á pesar de sus ningunas fuerzas se presentó al encuentro de la escuadra turca topando con

su primera división á la que anunció que si continuaba adelante le enviaría las balas de sus cañones. Mustafá Bey convencido de que el almirante inglés estaba resuelto á cumplir su amenaza, tomó la vuelta de la segunda división, en la que se había embarcado el mismo Ibrahim convoyado por los buques ingleses, viéndoseles á todos entonces, á pesar de su grandísima superioridad, retirarse á Navarino como sumisos colegiales.

Retiróse Ibrahim de nuevo á Navarino y allí hubiera ido tras ellos Codrington, que ardía de impaciencia al verse sólo y sin fuerzas para hacerlo, hasta que al fin se le presentó cerca de Zanto el almirante ruso conde de Heyden,—13 de Octubre,—juntándosele el mismo día Rigny, de modo que todas las fuerzas aliadas navales podían ahora marchar á bloquear la escuadra turco-egipcia anclada en Navarino; pero esta operación la reputaban imposible en invierno los prácticos del país.

Dirigiéronse por de pronto los almirantes á Navarino para intimar á Ibrahim la orden de suspender la devastación de Messenia, pero allí no le encontraron, pues se había marchado para no verse obligado á responder á las exigencias de los almirantes, quienes por su parte resolvieron entrar dentro del puerto de Navarino para intimar á las escuadras turca y egipcia la orden de que volvieran á los Dardanelos y á Alejandría, para lo que no tenían atribuciones los almirantes, pero ya es sabido que no hay que poner en casos apurados y de pundonor á los militares, pues éstos resuelven siempre el conflicto dejando que hablen las armas.

Fué, pues, en el mismo día, [el 20 de Octubre] en que en Constantinopla se formulaba la petición de que Austria interviniera entre Turquía y los aliados, cuando los almirantes decidieron penetrar en el puerto de Navarino, en donde encontraron, con poca sorpresa suya, á la escuadra turco-egipcia formada en línea de batalla, describiendo un arco de herradura, en dos líneas; en la primera estaban los buques ligeros, en la segunda los buques de alto bordo y detrás los transportes, mandando la derecha Monharrem-Bey, el centro Tahir-Pachá y la izquierda Mustafá-Bey. Esta escuadra constaba de ochenta y nueve buques de guerra con dos mil cuatrocientos treinta y ocho cañones y ocho brulotes que estaban á los extremos de su línea, y de treinta y tres buques de transporte.

La escuadra aliada forzó la entrada del puerto dividida en dos columnas, exponiéndose á recibir de lleno sus cabezas el fuego de toda la armada turca y de las baterías del puerto que no eran pocas. Los

que de una manera tan temeraria se portaban no mandaban más que á veintisiete buques que llevaban mil doscientos setenta y seis cañones.

Eran las dos de la tarde cuando Codrington que había marchado á la cabeza de la línea se ponía á tiro de pistola del buque almirante que montaba Mustafá-Bey. En el centro, cargaba el centro turco sobre la izquierda, se presentó el almirante ruso, y el almirante francés se fué á ponerse en la ala derecha en frente de los grandes navíos egipcios. Dicho se está que la escuadra aliada tenía orden de no hacer fuego, como no lo hicieran primero los turcos, y éstos en efecto lo rompieron los primeros, recibiendo á balazos la chalupa del *Darmouth* que se dirigía á parlamentar con los brulotes de la izquierda á quienes tenía orden de vigilar. Dicho se está también que el *Darmouth* respondió á las balas de los brulotes turcos con sus cañones. Sin embargo, Codrington logró que se suspendiera el fuego.

En esto, el *Darmouth* recibió un balazo de un buque egipcio, y el *Darmouth* respondió de nuevo, disparándose ya por sí solos los cañones mientras por su parte andaban parlamentando los jefes turco-egipcios con Codrington para que no hubiera batalla, pero á pesar de todos los deseos se hizo fuego al buque almirante inglés, y éste replicó destruyendo de una vez al buque enemigo y al de Monharrem-Bey quedando éste y Mustafá-Bey mortalmente heridos al querer restablecer la línea de batalla rota por la falta de sangre fría y de experiencia de los marinos de sus buques.

La victoria en efecto, había de ser de los que mejor disciplinados estuvieran, porque allí dentro, encerrados en tan corto espacio, y cuando no era posible que se perdiera un solo cañonazo la victoria había de ser de los que mejor supieran servir los cañones. En fin, cuando ese cañoneo de Navarino cesó con la noche, los turco-egipcios habían perdido de su gente de cinco á seis mil hombres, y de su escuadra no quedaban más que unos treinta buques todos terriblemente averiados.

De los aliados los ingleses eran los que más gente habían perdido. Los rusos, quienes habían sufrido más en sus buques, pues habían tenido que hacer frente á la vez á las baterías de la plaza. Los franceses eran los que habían salido mejor librados.

Ibrahim llegó por la noche á Navarino para contemplar la final destrucción de su escuadra, pues los turcos, creyendo que los aliados habían de hacer presa en el resto de su escuadra, volaron aquellos buques que no estaban ya en disposición de sostener un nuevo combate, pues Ibrahim creía que